



**Las barbies
también
sueñan con
muertos**

**y otras crónicas
de jóvenes
desesperados**

Simón Posada

HISTORIAS NO CONTADAS
Dirección editorial de María Elvira Bonilla

GRUPO
EDITORIAL
norma

Una muchacha se disfraza de barbie para recorrer centros comerciales de todo el país en un día. No puede hablarles a los niños que la rodean porque las barbies no hablan. En la noche llora debajo de su cama porque tiene pesadillas con la muerte de sus papás. Un joven entra a la Fuerza Aérea, se deprime, se pone su fusil en la sien y aprieta el gatillo, disparando mil cosas peores que la muerte. Otro duerme en un hueco hecho en el cielorraso de su casa para poder llenar su cuarto de acuarios. Otro intenta suicidarse dos veces, pero no lo logra porque es invisible. Otro viaja a Tokio a estudiar cine y fotografía, se siente atrapado, toma la mejor foto de su vida y escapa. Otro se llena de hongos la cabeza y aprende lo más importante de su vida. Dos perros tienen relaciones sexuales en el parque de un barrio, a la vista de todos los vecinos. A una muchacha le secuestran su perro. Otra baja por un ascensor al primer piso de su edificio, mientras su novio también baja tirándose por la ventana. Ambos llegan a la vez, pero las costillas rotas de él le flechan el corazón una semana después en un hospital.

Todas estas historias son reales con protagonistas de carne y hueso. Ninguno de ellos padece afares económicos pero viven atrapados en la soledad y en la miseria humana. Son todos jóvenes, **jóvenes desesperados.**

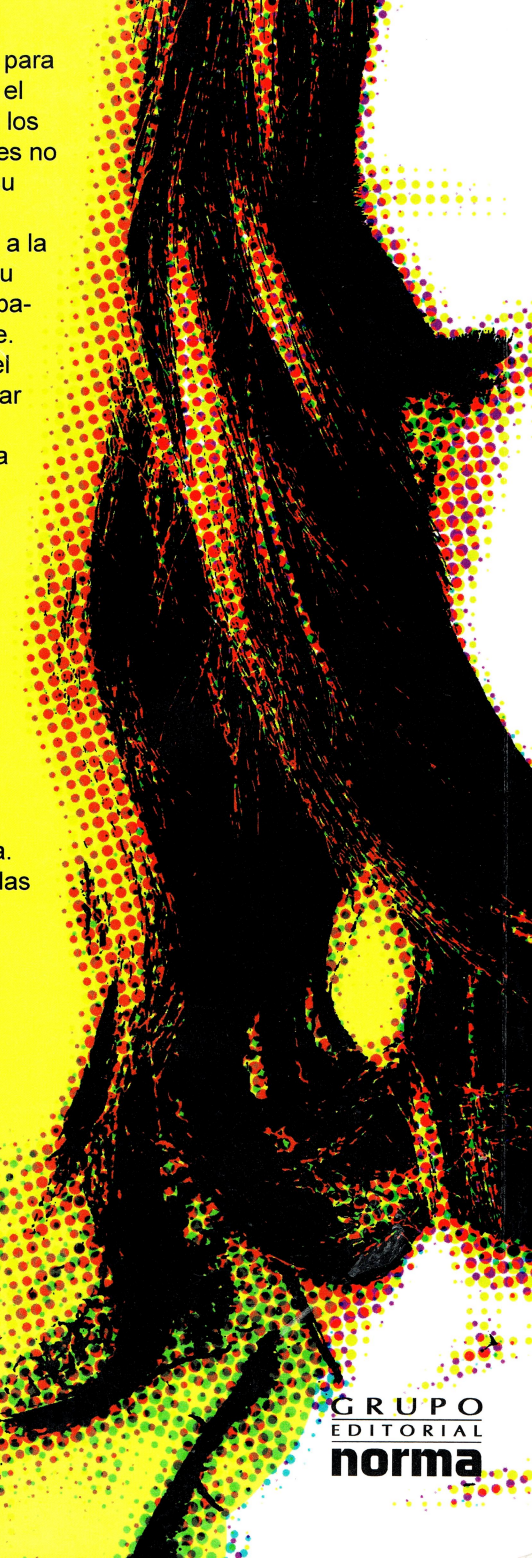
www.librerianorma.com

CC 32911
ISBN 978-958-45-0024-3



9 789584 500243

GRUPO
EDITORIAL
norma



Simón Posada Tamayo

Nació en Medellín. Tiene 23 años. Terminó bachillerato en el Colegio Calasanz de Bogotá y se graduó en Comunicación Social y Periodismo de la Pontificia Universidad Javeriana. Su tesis de grado fue una serie de crónicas sobre la soledad en Bogotá, dirigida por el escritor Arturo Alape. *Las barbies también sueñan con muertos y otras crónicas de jóvenes desesperados*, su primer libro, es resultado de esa investigación, para la que desarrolló innumerables entrevistas que lo llevaron a conocer la realidad silenciosa y a veces trágica de muchos de sus contemporáneos.

Ha sido colaborador de las revistas *Directo Bogotá* y *La Hoja de Bogotá*, y redactor del Grupo Editorial 10+, en el que escribió para varias publicaciones comerciales. Actualmente se desempeña como redactor en la revista *DONJUAN*, de la Casa Editorial El Tiempo.

Contenido

AGRADECIMIENTOS	11
1. Entre el fusil y la sien.....	13
2. Un científico en el tejado	31
3. Zaría sazónada con tequila.....	45
4. El suicidio del hombre invisible	67
5. Las barbies también sueñan con muertos	79
6. Perra vida.....	89
7. Corre Fita corre.....	111
8. Perdido en Tokio	127
9. Augusto y la carpa voladora	143

ENTRE EL FUSIL Y LA SIEN

La idea había sido madurada durante siete días. Juan pensó primero en partir su cráneo, como si se tratara de un coco, dándole un golpe con la cabeza al borde metálico de la puerta de la habitación que compartía con ocho compañeros más de primer año en la Escuela Nacional de Aviación Marco Fidel Suárez, en Cali. El 19 de abril de 1999 había un partido de básquetbol entre el equipo de la Pontificia Universidad Javeriana de Cali y el de la Escuela de Aviación, al que pertenecía para seguir su pasión por ese deporte que tantas medallas le había dado el año anterior, cuando estudiaba en el Colegio Calasanz de Bogotá. Pero, por azar, ese mismo día tuvo que hacer guardia a la entrada del bloque en el que quedaba su dormitorio y,

estando ahí, solo, con un nuevo ingrediente para sazonar ese caldo mental de miedo y depresión en que lo tenía sumido la rigidez de la vida militar, se acordó de ese cañón largo, calibre 7,62 x 51mm, proveedor recto y gran protagonista de la Segunda Guerra Mundial, que le habían dado en el primer mes y que tenía guardado en su closet. Se trataba de un fusil G3A3, de fabricación alemana, que es altamente preciso por su largo cañón, y que ha sido prohibido en algunos países. Juan dejó el puesto de vigilancia, fue a su cuarto, cargó el fusil de pie en el centro de la habitación, se lo apuntó a la sien y oprimió el gatillo.

Llevaba cuatro meses en la Escuela de Aviación. Había iniciado el proceso de ingreso un año antes, cuando comenzaba el último año del colegio. La decisión la tomó más por el *look* y el supuesto glamur de la vida militar. Su hermana es de la Armada y un primo suyo fue el primer piloto de helicóptero BlackHawk en Colombia, que usaba uniforme impecable, se mantenía con mujeres, tenía mucho dinero y sobrevolaba la finca –en cuyo jardín aterrizó una vez– mientras toda la familia, desde tierra, lo veía pasar por los aires.

A medida que se acababa el año de 1998, Juan iba sumando logros: sacó el segundo mayor Icfes de su colegio –con un puntaje de 353 sobre 400– e iba pasando satisfactoriamente las pruebas para entrar a la Fac: examen de conocimientos, las pruebas físicas, psicotécnicas y médicas. Además, en la entrevista que le hizo un coronel en su casa, se sintió muy seguro de sí mismo a pesar de que se encontraba decaído por estar recién operado de una enfermedad en los testículos. El primero de diciembre fue citado junto con los cinco mil aspirantes que se presentaron ese año para darles las noticias sobre el fin del proceso, de los cuales sólo podrían entrar 110. Les hablaron de los pormenores del proceso y, de un momento a otro, pidieron un aplauso para el mejor, él.

Antes del 12 de enero, que fue la fecha de incorporación, Juan pasó los últimos días con su familia comprando libros y utensilios para la escuela. Finalmente, partió hacia Cali en un avión Hércules junto con todos los demás cadetes. Apenas llegó comenzó la rutina de levantarse a las 5:25 AM, afeitarse, barrer el cuarto, tender la cama y bañarse, todo en tan sólo siete minutos. Su hermana

le había contado que en la Naval a un cadete le quedó un pelo en la barba, y por eso lo hicieron afeitarse tres veces seguidas sin crema. A él nunca lo reprendieron por eso porque en esa época no era muy barbado. Pero a muchos otros sí los pusieron a ‘voltear’, a hacer trabajo físico como castigo por quedar mal afeitados. Luego, a las 5:32 AM, debían formarse para ir a la sección de aseo que cada cual tenía encargada. A él siempre le asignaron los baños del polideportivo, y así no hubiera nada que limpiar debía asearlos durante media hora. Después volvían a formar y daban las instrucciones del día, como la asignación de los horarios de guardia, aseo y diligencias. La única vez que salió a la ciudad fue cuando unos alférez –los cadetes de cuarto año– lo eligieron para acompañarlos a hacer unas compras para la celebración de un día especial.

Luego de esa formación iban a ‘El Académico’, unas aulas de clases de física, matemática y español. Tenían un descanso con un refrigerio, volvían al Académico y antes del almuerzo se formaban y hacían trabajo físico, llamado ‘Servicio Especial’, que consistía en castigarlos por minucias como el hecho de que varios compañeros no tenían las

medias bien subidas por la pantorrilla o no estaban bien afeitados, peinados, parados, formados. Esa tarea la hacían con pantaloneta o con el uniforme y el fusil, sin contar con el calor y los eternos mosquitos de tierra caliente. Muchas veces les decían: “Dele la vuelta al helicóptero”, algo aparentemente sencillo, sin tener en cuenta que estaba al otro extremo de la escuela.

En la tarde el día se iba más rápido. Almorzaban, iban al Académico, hacían su deporte favorito —tenis, squash, natación, básquetbol, fútbol o esgrima—, tomaban refrigerio, volvían al Académico, comían, hacían tareas y, finalmente, iban a dormir a las nueve de la noche. Pero quizá lo que más les alegraba era que, después de las seis, ya no tenían que anunciar a nadie. En la “etiqueta militar” se acostumbra que cuando alguien de mayor rango entra a una habitación en donde hay personas de menor rango, el que primero lo ve debe gritar “¡Aaatención!” y, acto seguido, todos deben pararse en posición firme para mostrar respeto. Y los de primer año eran lo peor, porque cualquiera, así llevara unos meses más, tenía más rango que ellos. Esa era, quizá, la mayor causa de castigo, el

no anunciar a alguien que llegaba. Muchas veces a Juan le tocó dejar su almuerzo a la mitad porque llegaba alguien y lo ponía a 'voltear' porque no lo veía. Aparte de eso, le tocaba comer con los pies juntos, la espalda erguida y dibujando un cuadro en el aire con el movimiento de la cuchara cuando iba a la boca. A las seis de la tarde ya no había que anunciar a nadie. Un día, después de esa hora, un compañero suyo anunció, por nervios, a un mayor que entró al Académico, y por esa confusión le tocó ir a voltear. Otra particularidad un poco más despiadada de esa etiqueta militar es la costumbre que deben tener las personas de menor rango cuando entran a una habitación o pasan al lado de un superior. Por ejemplo, a la hora del refrigerio a todos les provocaba ir a la cafetería, pero casi siempre estaba llena y si entraban debían saludar a todos, mesa por mesa, puesto por puesto, porque eran de primer año y eran inferiores a cualquiera, y al final no tendrían tiempo de comprar ni de comer por tener que saludar a todo el mundo. Juan sólo entró una vez a la cafetería cuando la vio absolutamente vacía, pero en ese momento entró un alférez y

lo mandó a formar. Tuvo que dejar a medias una empanada y una gaseosa.

Y así fueron pasando los cuatros meses que Juan duró en la escuela, tratando de ser cada día mejor, más perfeccionista y cada vez más lleno de miedo, al punto de que temía ir a comprar el betún en un almacén destinado para esos menesteres, porque era posible que por cualquier cosa lo castigarán. Él solucionaba esta necesidad pidiéndole el favor a alguien que fuera a ir de compras. Día a día Juan se volvía más callado. Le daba temor compartir con alguien sus sentimientos de miedo, porque eso lo habría mostrado vulnerable al frente de los demás cadetes, que estaban sumidos en una competencia sin fin y esperaban cualquier oportunidad para hacerlo quedar mal.

Esa preocupación se volvió enfermiza, porque en vez de ocuparse en soluciones sólo hacía eso, preocuparse más, siendo más retraído, sin hacer nada real para ser el mejor. Un día, por una falta que no recuerda, lo castigaron con un novenario, es decir, nueve noches de trabajo físico, de 9:30 PM a 11:30 PM. Le destinaron un alférez a él solo para

que lo vigilara, que le gritaba que eso no era la vida civil, que él era una basura, que no estaba en su casa, que así no iba a llegar a ningún lado con esa lentitud, desahogando por medio de insultos la rabia de tener que estar ahí cuidándolo y no poder dormir por su culpa. Luego, tuvo que hacer guardias nocturnas, sin moverse un centímetro y con los pies juntos. Alguna vez le tocó estar al lado de diez BlackHawk y ver cómo a la madrugada llegaban los pilotos, los encendían y despegaban uno a uno para irse a combate, como ejecutivos que salen de su casa en una mañana normal de trabajo.

Juan empezó a encerrarse cada día más en sí mismo y no les dijo nada a sus papás en las dos llamadas que le hicieron y en las pocas que él les quiso hacer. Dormía cada vez peor y pensaba que, si estuviera muerto, no sentiría el sufrimiento por el que estaba pasando. Cuando estaba cargando el fusil le pasó toda su vida por la cabeza y tres canciones: Llámame, de Miguel Mateos; Something about you, de Level 42, y Don't lose my number, de Phill Collins. Cerró los ojos, oprimió el gatillo y sintió que el tiempo se detuvo, pero no, todavía estaba vivo: la bala no salió porque cargó mal el

fusil. En ese momento entró a la habitación el cadete Gutiérrez, que estaba de guardia en otra entrada del edificio y lo vio mientras Juan miraba dentro del cañón la bala que no había salido. El cadete prorrumpió en un grito, diciéndole que no se matara, que todo tenía solución. Gutiérrez le notificó lo que vio al alférez encargado y este a su vez habló con el teniente Posada, el cual le habló a Juan mostrándole la bala que no había entrado a su cabeza. Juan no supo qué responderle cuando el teniente le dijo que todo en la vida tenía solución, que hablara, que ahora sí podía y debía hablar, pero Juan no respondía, no salía ni una sílaba de su boca. Fue remitido a la enfermería —que allá es conocida como “La Sanidad”—, lo revisaron, pero Juan no hablaba y por eso le inyectaron diez miligramos de Valium disueltos en quinientos mililitros de dextrosa. Él recuerda que vio flashes de luz con mucho movimiento, sacudidas, gritos, golpes y más sacudidas, como si estuviera en una discoteca con un relampagueo sin ritmo, hasta que se levantó horas después en una cama a la cual estaba amarrado con correas. Sólo veía oscuridad.

Estaba interno en el Hospital Psiquiátrico San Isidro, en Cali. Al lado, en otra cama, estaba un epiléptico que cada vez que convulsionaba golpeaba fuertemente el piso con las patas de su cama, atemorizándolo y sumándole una angustia suprema a su depresión. Se había mudado a la realidad del cine mudo, en blanco y negro: “Uno no mastica, sino que traga, y traga sin gusto. ¡Ah!, y hablando de gusto uno le pierde el gusto a la vida. Una vez me oriné en la cama y ni me bañé. Luego me puse una sudadera morada con una camiseta de la Fac blanca y unos zapatos apaches cafés. Había perdido toda la noción de los colores para combinar al menos la ropa”. Un día le pidió a un guardia que le diera un libro para entretenerse. Le llevaron algún mamotreto en otro idioma que no era inglés. Al insistir, le llevaron uno sobre rutas colonizadoras de América. Sin embargo, recuerda lo mucho que le gustaba su cama y la gran calidad de la comida, que empezó a degustar pocas semanas antes de salir.

Allí duró dos meses y el reencuentro con su familia fue tan emotivo que hasta su papá, que mide cincuenta centímetros menos que él, intentó alzar sus casi dos metros de estatura: “Ambos estaban

felices de no verme en la Fac. Mi papá me confesó que él también había tenido un sueño en el pasado que no pudo realizar y que me perdonaba todo, hasta la plata que se había gastado con la Escuela”. Corría el segundo semestre de 1999 y a raíz de la medicación antidepresiva –Rivotril, de Roche, y otra del laboratorio Pfizer, cuyo nombre no recuerdo– vino una época de hiperactividad total. Ya en Bogotá, entró a un curso de inglés en el Instituto Meyer de dos horas diarias en la mañana, “que me sirvió muchísimo”. En la tarde se iba en bicicleta hasta el gimnasio que quedaba en el barrio Cedritos, a treinta cuadras de su casa en la calle 170. Alcanzó un gran estado físico, andaba con gafas azules y un peinado estrambótico como un cuerpoespín. Adelantó diligencias para las universidades del Externado y la Nacional para estudiar Contaduría Pública, la segunda opción que tenía antes de salir del colegio. Por cuestiones de vencimiento en el plazo de matrícula, sus papás le recomendaron matricularse en el Externado.

Su enfermedad es llamada actualmente Trastorno Afectivo Bipolar (TAB), y es una enfermedad que lo acompañará de por vida. Se caracteriza por

cambios en el estado de ánimo, que van desde la manía, una sensación de bienestar, estimulación, grandiosidad que lo llevan a perder el contacto con la realidad, hasta la depresión, tristeza, ansiedad, baja autoestima e intentos y pensamientos suicidas. Asesorados por un abogado amigo de su papá, en 2000 se inició un proceso administrativo contra la Fac, en el que se reunieron con una junta médica y un representante de la Fuerza Aérea. En esta instancia se decidió que, por una supuesta incapacidad médico-laboral del 96%, le daban una indemnización de aproximadamente 32 millones de pesos, en vez de una pensión, porque esa sólo es dada a pacientes con una incapacidad del cien por ciento. La respuesta de sus papás fue negativa y siguió el proceso frente a un tribunal médico, a principios de 2002, con profesionales de la salud de la Policía, la Armada, la Fuerza Aérea y del sector civil. Su abogado le recomendó que se orinara, que hablara incoherentemente o que de algún modo demostrara su incapacidad psicofísica. La nueva propuesta reconocía una incapacidad laboral del doce por ciento, eliminaron el derecho a indemnización y mucho menos a pensión y seguro

médico. El caso fue llevado a la instancia judicial en el 2003. Demandaron por derecho a pensión o indemnización y le fue otorgado el seguro gracias al triunfo de una tutela.

Pero hoy en día Juan está luchando contra algo que se ha venido convirtiendo en un vicio y que comenzó luego de la hospitalización: las visitas a los prostíbulos. “La primera vez que fui lo hice con una negrita chocoana, no tan negra y no tan alta como uno creería. Me sentí bien como toda primera vez. El miedo viene luego de la tercera vez porque en la segunda se confirma lo rico de la primera. Así dicen los marihuaneros que les pasa, y a Dios gracias sólo eché marihuana una vez y no me hizo nada. Seguro porque mi medicina es más fuerte”, y se ríe de los efectos que hoy en día le trae el Valcote, una droga que no le da la hiperactividad de antes. Dice haberse gastado, más o menos, mucho más de dos millones de pesos en prostitutas, teniendo en cuenta que frecuenta los sitios del barrio de tolerancia Santa Fe, que son los más baratos de la ciudad: diez mil o quince mil pesos cada una. A veces dos al mismo tiempo por veinte mil.

Las primeras veces les hablaba a las prostitutas:

“Ellas son muy sabias. Le preguntan a uno por sus problemas y siempre lo tranquilizan, le dicen a uno que eso no son problemas, que haga tal o cual vaina”. Sólo una vez se acostó con una más de tres veces, “Pero dejé de hacerlo porque me empezó a cobrar más, me ofrecía dizque ‘nuevos servicios’, que por detrás y que me lo chupaba. Pero qué va, eso no son servicios adicionales”. Hubo una época en que iba a un sitio oculto en una zona residencial. Allí la dueña le mostraba en fila a más de diez prostitutas en falda colegial, luego la dueña hacía que se fueran a otra habitación y él, sin ellas al frente, le decía su elección para no herir sus sentimientos: “Allá siempre pedía de a dos viejas, por sesenta mil pesos. Eso allá era lo mejor”. En una época llegó a ir, incluso, hasta tres veces diarias. “Quiero que lo que le voy a decir haga parte del pasado: ‘voy donde las putas porque uno se puede acostar con ellas fácil, uno escoge a las que más le gusta y no involucra sentimientos. Eso suena mucho más fácil que ‘salí con ella dos meses y no me acosté con ella, me di cuenta que se ponía espuma en los senos y me quiere atar si me la como’. ¿Qué es más fácil, lógica y económicamente hablando?”.

evidencia un pensamiento de contador público a punto de graduarse y que mide todos los riesgos de una mala inversión. Su decisión de abandonar eso que ya parece un vicio tiene varias razones: el darse cuenta del tiempo y el dinero perdido, el descubrimiento de que es más conveniente acompañar su soledad no con sexo pasajero sino con una relación estable de pareja, y un atraco que sufrió en el mes de febrero del 2005 en un prostíbulo: “Venía de la universidad, casi no tenía plata y negocié a una de esas putas que se paran en la calle y que son las más baratas. Fuimos a la residencia y, al final, cuando ya estaba por salir, entraron dos putas más con cuchillos a atracarme. Como yo no tenía más plata les di el casco de la moto. ‘Espere y verá lo que le pasó a su moto’, me dijeron cuando salía. Estaban súper bravas. La moto estaba intacta”. Una de las formas que usa para evitar ir a los prostíbulos es esperar hasta más allá de las diez la noche a que todos sus compañeros de oficina se vayan a sus casas, para meterse a las páginas de internet pornográficas y masturbarse. Al final, siempre limpia la memoria caché de su computador para no dejar rastro alguno.

Pero su otra dolencia es la falta de tiempo. Trabaja en una multinacional especialista en llevarle la contabilidad a grandes empresas, labor que lo absorbe al punto de que en dos años y medio ha tenido sólo dos días de vacaciones, aún no ha sacado su libreta militar y no ha pedido formalmente un reembolso que Transmilenio S.A. le debe porque le cayó un aviso publicitario de esa empresa a su motocicleta. Aún más, está pensando en renunciar a su trabajo. “Estoy mamado de dos años y medio de trabajar súper duro. A veces he trabajado hasta veinticuatro horas seguidas, y aún así me toca mendigar cinco días de vacaciones que pedí para mayo. Todo comenzó porque un día no me quise levantar de la cama y me puse a pensar que tenía muy buen perfil como para que me reconocieran un ascenso, pero han venido promoviendo a otros y a mí nada de nada. En fin, ahora estoy en proceso para ingresar a auditoría en tres de las cuatro grandes firmas que hay: Price Waterhouse Coopers, Ernst & Young y KPMG. El proceso es riguroso como en la Fac: pruebas psicotécnicas, entrevistas y pruebas de conocimientos”. ¿Se repetirá la historia?